

tambien, sin perder su esencia y su sustancia, los organismos religiosos. La vida se renueva en todos sus aspectos, cuando llegan las crisis supremas de la renovacion universal. Las instituciones objetivan, como se dice ahora, la intimidad profunda del espíritu humano. Y el espíritu humano, que es uno en esencia, crea sistemas armónicos de civilizacion, aplicando todas sus facultades en conjunto á la vida. No puede verificarse una transformacion artística sin que se verifique tambien una transformacion científica; no puede verificarse una transformacion científica sin que se verifique tambien una transformacion religiosa; y no puede verificarse una transformacion religiosa sin que se verifique tambien una transformacion política; y al conjunto de todas estas varias transformaciones llamámosle con la palabra genérica de transformacion social. Ninguna de las varias maneras de ser habia demostrado tanto la necesidad de la renovacion como la manera de ser religiosa. Si el retroceso de las cruzadas trajo políticamente el triunfo de las comunidades, imposible que no trajera á su vez, otro elemento análogo á las comunidades en la alta esfera religiosa. Cuando los Papas caian siervos de los reyes; cuando el cisma destrozaba la unidad espiritual de la Iglesia; cuando el rey católico por excelencia, San Luis, moria sin poder contrastar la fuerza del destino, ni vencer á la victoriosa media luna; cuando las órdenes militares, ó sea, el ejército permanente del Papa se disolvía, rayaba en lo imposible la inmovilidad completa de la Iglesia. Las virtudes personales de los Papas acaso hubieran detenido la fuerza avasalladora del movimiento; pero, como si las revoluciones se hallaran sujetas á leyes que no pueden desmentirse en ninguna parte y por ningun motivo, los Papas anteriores á las trascendentales revoluciones religiosas, se parecen de todo en todo á los reyes anteriores á las trascendentales revoluciones políticas. Antes de las dos revoluciones de Inglaterra, la temeridad reaccionaria de Jacobo I, la debilidad y la doblez de Carlos I, el epicureismo y los vicios de Carlos II y la peligrosa devocion de Jacobo II; antes de la revolucion francesa las protervias de Luis XV y las debilidades irreparables de Luis XVI; antes de la revolucion española los errores de Godoy, las liviandades de María Luisa; y antes de la revolucion religiosa todos aquellos Papas, semejantes en su vida y en sus costumbres á todos estos reyes.

No puede olvidarse aquel Urbano VI, que arroja seis Cardenales cosidos en sacos al mar, porque intentaban sujetarle á su tutela; no puede olvidarse aquel Bonifacio VIII que allega toda suerte de tesoros sacrílegos; no puede olvidarse aquel Juan XXIII condotiero y pirata; no puede olvidarse aquel Gregorio XIII que tiene por instrumentos de su imperio la cuerda y el puñal; no puede olvidarse que todos estos hombres, á quienes la religion vedaba la familia y en cierto sentido la propiedad, se enriquecian y enriquecian á los suyos con babilónicos tesoros. Todos estos vicios de los Papas aceleraban el movimiento de reforma, único que podia impedir el movimiento de revolucion. Y que la reforma podia facilitarse demostrábalo aquella aparicion de las órdenes mendicantes representadas por San Francisco de Asís, á quien llama la humanidad el segundo Jesucristo. En medio de la guerra él predica la paz; entre los odios mas crueles derrama el bálsamo celeste de la caridad mas ardiente; en el apogeo de la Europa feudal renueva las libertades evangélicas y los milagros del amor divino; bajo un cielo implacable y sobre un mundo férreo llama con los mismos armoniosos reclamos á los pobres de la tierra y á las aves del cielo; y extático y arrobado en sus contemplaciones, uniendo las plegarias de su alma á las esencias de las flores y el cántico de su pecho al cántico del ruiseñor en la enramada; cuando parece que vuela al empíreo y que abandona tras sí la tierra, deja establecida una democracia religiosa, la cual contribuirá en gran parte á la ruina de los opresores y á la emancipacion de los opresos. Este gran movimiento democrático influyó en la poesía religiosa, de cuyos caudales habia de formarse mas tarde la *Divina Comedia*; influyó en la pintura que habia de romper la rigidez bizantina y habia de poblar con ángeles y bienaventurados las tablas y las piedras; influyó en la ciencia de San Buenaventura, mucho mas amplia y mucho mas espiritualista que el ergotismo teológico; y trajo una democracia religiosa muy parecida á la democracia política y social que traian consigo las comunidades y las córtes. Si fuéramos á estudiar las verdaderas relaciones de las causas con los efectos, quizá encontraríamos que las herejías disminuyeron allá en el siglo décimotercio mas por las predicaciones franciscanas que por las cruzadas pontificias. Todo el mundo creia, viendo aquella democracia religiosa y aquellas piadosísimas virtudes y aquella caridad ardiente y aquella oposicion al mundo del feudalismo



y á sus tiranías, que un nuevo espíritu divino descendía del cielo; que un nuevo Evangelio purificaba la tierra; que el empíreo y la conciencia se tocaban y se confundían en recíproco amor; que las ideas cristianas, enterradas al pié de los castillos feudales, volvían á resucitar, animando en la humanidad una nueva vida é imbuyéndole un nuevo espíritu. La alegría que se apoderó entonces de la Europa católica, puede verse en el monasterio de Asís, cuyas piedras suben etéreas como las espirales del incienso y armoniosas como las estrofas de los himnos sagrados á lo infinito; y aun puede verse mas en las visiones franciscanas, que aguardan con una esperanza casi mesiánica nueva visita del Espíritu Santo á la humana conciencia y nueva levadura celestial, como la levadura evangélica, para el humano sér.

Este gran movimiento de reforma se parece á todos los movimientos análogos que preceden á las revoluciones políticas. Hay en la expansión de estas almas y en el tribunado de estos apóstoles mucho de lo que había antes de su primer estallido en la revolución francesa. Las ideas, dilatadas en la esperanza, no tienen quizá la fuerza pero tampoco la violencia de las ideas contenidas en la revolución. Aseméjase, pues, el hervor de las inteligencias místicas en este período al hervor que tienen las inteligencias filosóficas en el período inmediatamente anterior á la revolución francesa. Y luego del movimiento místico y democrático se originan los concilios ecuménicos de Basilea y de Constanza como del movimiento filosófico y democrático se originan los Estados generales de Francia. Y así como estas Asambleas en sus proposiciones y en sus demandas, encierran las fórmulas de las ideas filosóficas; aquellos concilios encierran las fórmulas de las ideas místicas. Todos los representantes de las diversas clases, congregados en Versalles, han oído decir que precisa la destrucción del feudalismo, el fin de las corveas, la ruina de la autoridad absoluta, la terminación de las prestaciones señoriales; y todos los Obispos congregados en Basilea y en Constanza han oído á su vez decir que precisa la conclusión de las annatas, el fin de la simonía, la ruina de la autoridad absoluta de los Pontífices, la terminación de aquel régimen semi-feudal y semi-absolutista. Los Estados generales, al salir del seno de la sociedad antigua y encontrarse reunidos para reformarla, sienten que el alma de su siglo se derrama por sus venas y que representan, no una clase, sino toda la

nación. Y los concilios de Basilea y de Constanza, al salir del antiguo mundo eclesiástico y encontrarse reunidos, sienten que el espíritu de Dios se derrama por sus venas y que representan algo superior á una casta sacerdotal, que representan toda la Iglesia. Si la monarquía hubiese oído á los Estados generales, evita la revolución francesa; y si la Iglesia hubiese oído á los Concilios, evita la revolución religiosa.

La reforma, la reforma á toda costa, la reforma á toda prisa, la reforma dentro de las tradiciones católicas y de sus principios esenciales era la salud de la civilización cristiana, era la unidad de la Iglesia, era una alianza por medio de transacciones provechosas entre lo porvenir y lo pasado. La ocasión de la reforma se encontraba en la segunda mitad del siglo décimoquinto; en la coyuntura aquella, en que todavía no asomaba el relampagueo de la revolución. Hay pues analogías verdaderamente misteriosas, como venimos viendo, entre el movimiento de la revolución religiosa y el movimiento de la revolución francesa. También la revolución francesa tuvo su hora propicia de reforma, y en esta hora propicia de reforma surgió el hombre extraordinario que debía responder á tamaña necesidad histórica. Este hombre extraordinario se llamaba Turgot. Pensador de vastísima inteligencia y de aptitudes universales; con una pureza de natural que contenía las mas sublimes virtudes, con el talento de reducir á la práctica los dogmas y los principios mas abstrusos de la filosofía, Turgot, de acuerdo con otros hombres eminentes, propúsose dar á los ciudadanos la inviolabilidad del hogar, á los disidentes el seguro de la Iglesia libre, á los escritores la independencia de la imprenta emancipada, á la administración la unidad y la pureza, á la tierra la abolición del feudalismo, al comercio la caída de las aduanas interiores, á las provincias una representación provincial por medio de elecciones libres, á la nación una representación nacional que oyese todos los votos y formulase todas las reformas, al pueblo entero su dignidad y su derecho. Si la monarquía le hubiese oído, si aceptara sus consejos á tiempo, si admitiera en las leyes sus ideas trascendentales y filosóficas, seguramente la revolución se evita y el trono se eleva á la vista del pueblo como un arco iris, cuyos dos extremos descansaran en lo pasado y en lo porvenir, en el recuerdo y en la esperanza. Pero la corte acostumbrada á sus vicios, la aristocracia, deseosa de la conservación de sus privilegios, el